

POLITICA DE IZQUIERDA

"Nadie es libre legítimamente en un país mientras haya una clase que carezca de lo necesario para mantener su existencia física y su dignidad moral".

Fermín Toro

Lamentablemente todos estamos metidos de lleno en el proceso electoral. Lamentablemente porque el país necesita que la campaña electoral no pase de tres meses. Nosotros llevamos ya doce. Esta campaña tiene características propias con respecto a las pasadas: el cansancio, la rutina, la compra-venta y la falta de mensaje sincero son resaltantes. Estamos cumpliendo un rito. Ha llegado el período previsto y hay que volver a votar. Lo mismo ocurre en las Universidades y en los Colegios de profesionales. El juego electoral parece complacer por sí mismo. Como de-

cía Max Weber hay hombres que viven *para la política* y otros *de la política*. Aquellos asumen lo político como tarea ardua de creación de bienestar humano colectivo. Estos encuentran en la política una forma de vivir, de prosperar sin producir el beneficio nacional correspondiente.

Se ha hablado del desgaste, del agotamiento de la experiencia democrática, del despilfarro irresponsable de las esperanzas que el "23 de enero" el pueblo entregó en manos de los políticos democráticos. Es cierto que la política es una tarea real, de hechos y que por tanto

sus logros necesariamente están por debajo de las esperanzas despertadas en períodos de estallido popular. Pero lo que ocurre es más grave que esta insuficiencia normal. Los partidos dejan de ser instrumentos para el logro colectivo de metas arduas y se convierten en agencias de empleo para quienes se adhieren a ellos, garantía de sus privilegios para los ricos y una manera de vivir y de medrar para ciertos profesionales de la política. Incluso muchos políticos honestos se encuentran hoy atrapados en esta realidad donde sucumben sus preocupaciones personales individuales.

POLÍTICA DE MAYORÍAS

La política enfrenta un dilema definitivo. O se compromete con las mayorías y lucha por sus esperanzas o se entrega como instrumento servil defensor de los privilegios adquiridos de las minorías poderosas. Cada una de estas políticas tiene sus propios alicientes. La política a favor de las mayorías no es rentable económicamente, es peligrosa y su fuerza combativa es moral, es el sentido del amor a la lucha por conseguir mejorar la calidad de la vida de quienes hoy sufren el dominio y la privación de las condiciones más elementales de vida. Cuando una generación encuentra una tarea humanizadora moviliza energías y sale de su reclusión para participar en la construcción de una nueva realidad. Los hombres de nuestra Independencia encontraron esa tarea. Venezuela se agigantó. Sus hombres motorizaron la liberación política de cinco países actuales. Sólo el espíritu que inspira una tarea humanizadora posibilita la labor ardua y sacrificada cuyo sentido principal no es el logro económico ni las ventajas personales.

Frente a ésta existe la política de minorías y para las minorías. Es aquella que se constituye en instrumento fiel de los reductos dominantes. Esta tarea de perpetuación de privilegios y por tanto de negación de condiciones de vida humana a la mayoría carece de base moral. La lucha contra el hombre no puede ser moral. La lucha contra la mayoría de los venezolanos sólo puede cimentar el trabajo en la recompensa económica por el servicio prestado a los dominadores y en la participación otorgada por estos en el disfrute del poder y la riqueza.

El político de las minorías y de los privilegios personales tiene minadas las bases de su moralidad pública. Su política es instrumental y busca la recompensa. En ella todo se vende, se compra y se regatea. Las minorías poderosas pueden ofrecer compensaciones económicas, pero no pueden dotar de espíritu y de moralidad la tarea política que, en frase de Aristóteles, está llamada a ser la más divina por ser la más universal.

EL REALISMO POLÍTICO

El político mercenario de las minorías primero ofrece a los pobres la salvación para capturar su voto. Una vez en el poder, cínicamente apela al

realismo y fortalece a los privilegiados. Es verdad que la política no es filosofía y que si no es realista no es política. Pero es otro el realismo que se

requiere. El político de las mayorías, el político con espíritu sabe que hay unos obstáculos para el logro de los objetivos. Es realista porque los conoce y estudia la forma de vencerlos. Sabe que quienes hoy se benefician del uso privatizante y exclusivo de las riquezas nacionales son conscientes de que el beneficio de la mayoría reduce su riqueza actual, sus abusos y su omnimodo poder. En Venezuela no hay lucha de clases en el sentido de los pobres contra los ricos. Pero esta lucha es real en cuanto que los ricos agreden a los pobres arrebatándoles su derecho al trabajo, a la tierra para vivir, la posibilidad de enfermarse, e incluso de morir, pues las urnas y los funerales son prohibitivos. La Venezuela opulenta es agresora de la Venezuela pobre y sufrida. La Iglesia con sus omisiones y acciones es partícipe de esta lucha de la clase dominante. No es neutral. Por esta razón la política de las mayorías no puede ser ingenua. Ha de prever a las resistencias e incluso la guerra muerte de ciertos super-ricos contra sus objetivos. La calumnia, el chantaje, el sabotaje, el retiro de recursos económicos, la manipulación criminal del

sentimiento religioso, y los intentos de derrocamiento violento son algunas de sus armas. Todo ello le espera al político y al partido que opta por las mayorías. A cambio el pueblo oprimido le pagará, no en dólares, sino en esa moneda que no cuenta en los bancos y es el sentido de la vida del que lucha por la construcción, del bien, de la verdad y del hombre liberado. Ahora bien esta resistencia no sólo se encuentra en las minorías dominantes, sino también en las propias mayorías temerosas, incrédulas, inexpertas para las nuevas tareas y manipuladas con pan y circo por los políticos mercenarios.

Tarea difícil. Sin embargo, Venezuela necesita que sus mejores hombres, su juventud puedan encontrar una tarea que estimule su esfuerzo. La tarea de construir una nación libre para todos, donde la riqueza existente no se traduzca en un refinamiento femenino y en un servilismo consumista de ciertos grupos miméticos teledirigidos por estilos extranjeros, sino que signifique trabajo digno para todos, sentido creador y disfrute de una convivencia social que hoy es imposible.

POLÍTICA DE IZQUIERDA

Se ha manoseado tanto esta terminología de derechas e izquierdas, que ya las palabras nada significan. Ser de izquierda no es citar a Marx Lenin y Mao desde los olímpicos refugios "científicos", ni conspirar en la vaporosa neblina alcohólica de las tertulias nocturnas en sofisticadas quintas del este de Caracas.

Un izquierdismo que no se comprometa con nada, que no arriesga su comodidad y que usa la miseria del pobre para embellecer sugesto "revolucionario" es un lujo más de consumo para las clases de ocio rebosante.

Una izquierda ajena al trabajo y que cultiva una universidad "revolucionaria" como simple ejercicio narcisista sin rendir cuentas de su labor a las clases oprimidas, no es más que un disfraz de Carnaval. De esta izquierda parasitaria nada positivo tiene que esperar el país. Aquí no hablamos de ella.

Por izquierda entendemos la opción política a favor de las mayorías. Opción real que significa la toma del camino arduo, la tarea difícil, el trabajo en unión y participando de las esperanzas de los desposeídos y humillados de Venezuela.

CRISTIANOS Y POLÍTICA

En este sentido los cristianos o somos de izquierda o caricaturizamos el cristianismo. Sólo el que hace de los demás un prójimo, es decir quien hace suyas las esperanzas, sufrimientos y necesidades del otro, es cristiano. Aunque con graves distorsiones y limitaciones así lo hemos entendido cuando nos referimos a la caridad individual de dar de comer a un hambriento o dejar de cobrar la consulta médica a un pobre. Pero la tarea es colectiva. La lucha cristiana por la liberación del hombre abarca plenamente la dominación social del hombre por el hombre. El dominador niega la humanidad del dominado y la suya propia. Esta tarea colectiva política se traduce hoy en Venezuela entre otras cosas en la creación de una sociedad donde nos beneficiemos todos con el trabajo colectivo posibilitado por la riqueza petrolera que es social, aunque está arrebatada ahora por unos pocos. Una sociedad donde la fraternidad sea posible, porque no hay explotación organizada y respaldada institucionalmente como hoy. Una sociedad basada en el espíritu de cooperación.

En esta tarea los cristianos no somos ni los primeros ni los mejores, pero somos necesarios y debemos hacer aportes específicos. Ahora bien no caigamos en la frecuente ilusión de pensar que se trata de un trabajo de formación individual de valores separados de la realidad socio-económica o de especula-

ciones filosóficas. La moral pública hoy pasa por la socialización (conversión en fuente de trabajo para todos) de las riquezas naturales, la socialización de las finanzas, la educación, incluida la televisión, la vivienda, la tierra, la medicina... No se trata de repartir sino de crear y de poner las condiciones de posibilidad para que todo venezolano entre en un proceso de creación. Necesitamos una verdadera política de izquierda, una política de mayorías. Los cristianos somos corresponsables de las actuales situaciones inhumanas y seremos corresponsables de que en el futuro a las mayorías venezolanas se les siga arrebatando el pan y a la juventud el ideal y la esperanza traducidas en tarea creadora.

Nuestra opción única e indiscutible, por una política de las mayorías será la brújula orientadora dentro de la variada y difícil discusión política con ocasión de las elecciones. No hay posiciones neutrales. Quien no está con las mayorías está a favor del actual privilegio excluyente de las minorías. La política de izquierda que nos urge a todos los venezolanos de buena voluntad es la de hacer que sea verdad el artículo 4º de nuestra Constitución: "La soberanía reside en el pueblo, quien la ejerce, mediante el sufragio, por los órganos del Poder Público".